

## Curiosidades persianas\*

GERARDO DENIZ



A POESÍA DE Saint-John Perse ha corrido con suerte —y es grato señalarlo— en lengua española. Indicare, como primera curiosidad persiana, el hecho, que basta en una bibliografía pero nadie aprecia, de que la primera vez que Perse fue traducido, lo fue al español, por Ricardo Güiraldes. Sólo nueve años más tarde, en 1925, llegó una traducción alemana, debida a Rilke. A partir de entonces se multiplican las traducciones a todas las lenguas, incluida la nuestra. De este modo, y aun sin salir de México, en los últimos tiempos han aparecido versiones nuevas y valiosas.

Algo más escasos han sido los estudios en español consagrados a la obra de Saint-John Perse. La presente aportación aspira a figurar en dicha categoría —sin la menor pretensión, por lo demás. Espero que la mayoría de los datos que expondré resulten poco conocidos. Inclusive una parte apreciable son nuevos, hasta donde estoy informado. Poco importantes, asimismo, y soy el primero en reconocerlo.

Sin embargo, siempre es interesante examinar la obra de un gran escritor, en especial si se observan hechos bien definidos. Creo que tengo algunos que presentar, sobre todo en ese inquietante capítulo de la filología que se denomina investigación de fuentes y de orígenes. Ciertamente, no es una labor que vaya a salvar al mundo, pero es intransferible el regocijo que experimenta el entusiasta de un autor u obra cuando, leyéndolo o releýndola, o —lo más frecuente— al leer otras cosas, en apariencia sin nada que ver, surge una concordancia indicadora tal vez de algún vínculo.

Por supuesto, reducir la lectura a estas pescas sería deplorable, tan deplorable como difícil, a decir verdad. Más bien téngase en cuenta que el sorprender las mencionadas concordancias presupone una familiaridad con las obras que sólo puede ser fruto de una frecuentación prolongada, la cual a su vez suele reflejar, en quien no sea un monstruo, un indiscutible gusto por los textos en cuestión. Quien quiera monstruos tampoco tiene que salir defraudado: bastará con que se entregue, por ejemplo, a la filología grecolatina ejercida como a menudo lo fue en Alemania en el siglo pasado. Son extremos que ni nos vienen ni nos van, y que inspiraron las siguientes líneas inmortales a otro filólogo, inglés esta vez.<sup>1</sup> Habla de exageraciones y errores:

\* Leído en el Salón del Consejo de la Universidad de Guanajuato el 18 de octubre de 1993, dentro del XXI Festival Internacional Cervantino.

Uno muy extraño fue el hábito de la *Quellenforschung*, la indagación de las fuentes, que empezó como una investigación legítima de los materiales utilizados por un poeta, historiador o filósofo, y que luego fue empujada hasta el absurdo punto de dar por sentado que todo cuanto hay en un poema [...] se deriva necesariamente de escritores más antiguos.

Las fuentes que uno descubre —si tiene tal propensión, tampoco obligatoria— son convincentes en muy diversos grados. Hay casos sólo posibles, los hay probables, y en tal o cuál ocasión salta uno totalmente seguro. De todo encontraremos en Saint-John Perse. Aparte de reconocer la incertidumbre inherente al terreno, es imprescindible cierto sesgo mental. Hay personas absolutamente refractarias a estos pasatiempos. No sólo por falta de interés —cosa comprensible— sino por rechazar cualquier comparación, atribuyéndola mecánicamente a la casualidad. Ante ello, sólo puedo decir que lo lamento, y reiterar lo limitado de mis pretensiones. En el asunto de las fuentes, literarias sobre todo, aspiro nada más —aunque nada menos— a lo mismo que Roger Caillois en su *Poética de Saint-John Perse*. Lo cito:

No me asomo a los abismos. Reflexiono acerca del empleo del artículo, del adverbio. Esta actitud es más modesta y, por ende, más segura, aunque pueda llevarnos suavemente a los abismos. Pero lo cierto es que nos conduce y no nos precipita a ellos de golpe... e inútilmente. En una palabra, he tratado de no ser vago y de recordar que la poesía es, ante todo, tratamiento del lenguaje. Sé que así me expongo al desdén de los magos cuya estima, por lo demás, no procuro ganar.<sup>2</sup>

Veamos un ejemplo de influencia. O mejor, como esta palabra suena algo pretenciosa, digamos, en vez de "influencia", "repercusión". Se trata, a propósito, de un caso incoloro, inodoro e insípido. Una curiosidad químicamente pura.

Léon-Paul Fargue, cantor de París, fue un poeta once años mayor que Perse y muy amigo suyo. Acerca de su obra, Perse escribió un ensayo que encabeza la poesía reunida de Fargue.<sup>3</sup> Con esto tenemos la seguridad de que el primero había leído con atención al segundo.

En ciertos poemas en prosa escritos por Fargue en 1902 surgen cuando menos dos presagios de la *Anábasis* persiana, la cual sólo habría de nacer quince o más años después. Veamos. Hablar de ruido, o de gran ruido, no tiene nada de particular. Escribir, en cambio, la expresión "ruido fresco"

es ya algo peculiar. "Fresco" no es un calificativo normal de "ruido". Si hallamos que dos autores emplean las palabras "ruido fresco", debemos tomar nota, por si acaso, aunque sin pasar de ahí, pues indiscutiblemente pudiera tratarse de una coincidencia. Si tenemos la seguridad de que uno de los autores leyó al otro, la probabilidad de repercusión aumenta,<sup>1</sup> y otro poco cuando la expresión compartida es aún más detallada: "gran ruido fresco", por ejemplo. Pues bien, Fargue dice:

en un gran ruido fresco sobre puentes de hierro

y Perse:

¡Al gran ruido fresco de la otra orilla, los herreros son amos de sus fuegos!<sup>2</sup>

No se escapará el hecho de que junto al gran ruido fresco aparezca en ambos casos el hierro: puentes de hierro, los herreros y sus fuegos (hasta el fuego se repite, ya que Fargue trata de un ferrocarril antiguo). Asimismo, la otra orilla en un caso y el puente en otro no dejan de tener que ver. Probable repercusión de Fargue sobre Perse (las fechas indican el sentido del proceso). Ahora bien, la probabilidad se torna casi certeza cuando, poco más adelante, en Fargue leemos:

Se oye soplar en sus llaves a todos los animales<sup>3</sup>

y diez líneas más adelante, en Perse:

Y llegan los banqueros, silbando en sus llaves.

En la medida en que puede alcanzarse certidumbre en estos menesteres, aquí prácticamente lo hemos logrado. A quien tenga de las probabilidades una visión que sólo halle casualidad en las anteriores concordancias y consideraciones, sólo puedo responderle, una vez más, que le otorgo poco crédito en este género de indagación —por parafrasear un dicho persiano que volveremos a ver.

Pero entremos de una vez en este autor y en su obra, tan envueltos en mitos el uno como la otra.

\* \* \*

Podemos comenzar, no sin lógica, por la cuestión del seudónimo. Saint-John Perse es el "nombre de pluma" de Marie-René-Alexis Saint-Leger Leger. Las circunstancias del nacimiento de este seudónimo son bien conocidas. Bajo el nombre de Saintleger Leger, nuestro autor había publicado, en 1909-1911, sus admirables poemas de adolescencia y primera juventud. A su regreso de China, convertido en funcionario de los Negocios Extranjeros, recibió la visita de viejos amigos: Gide, Valery Larbaud, Fargue, quienes lo animaban a publicar algo. El poeta se resistía:

Es que mi vida se ha vuelto casi pública —contó más tarde en una entrevista—; si sólo se tratara de que me leyeran ustedes, no habría inconveniente. Y abrí un cofre de manuscritos. Entonces Larbaud, con su gran rostro concupiscente, los agarró a puñados exclamando: What a grasp!

Al poco tiempo, Perse recibió por sorpresa las pruebas de imprenta de sus poemas, listos para ser publicados, firmados por Saint-Leger Leger. Decidió en el acto suprimir el nombre y reemplazarlo por tres asteriscos. Continúa contando:

Pensé entonces en el seudónimo de Archibald Perse, para poder renegar de mí. Acabé eligiendo Saint-John Perse...<sup>4</sup>

Pero siempre hay quien sabe más. Más que el interesado, inclusive. Monsieur Alain Bosquet<sup>5</sup> afirma que, según el poeta, en su visión inicial el "Perse" debía escribirse con dos eses: "Persse". Esto es, ortográficamente y estéticamente, tan abominable, que lo debemos dudar hasta la muerte. Luego de descartar la conexión con el nombre de Persio, el indigerible satírico romano (admirado por nuestro poeta), Bosquet emprende un párrafo que debió de parecerle impresionante:

El nombre de Saint-John Perse no fue escogido en razón de afinidades, reminiscencias o referencias de ningún género, y tampoco por ninguna asociación de ideas o sugerencia de orden intelectual: libremente acogido o creado, escapaba a todo vínculo racional.

No es preciso comulgar a fondo con el psicoanálisis para advertir que las anteriores palabras son una simpleza. Que semejante pretendido surgimiento desde la nada sea un absurdo, es una cosa. Que no sepamos proponer algo mejor —a más de que la cuestión no importe demasiado— es otro asunto. Sin ir más lejos, acerca del "Perse" no se me ocurre nada, pero en torno al "Saint-John" tengo sospechas vehementes, aparte del "santo" —John o Leger—, que salta a la vista.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII anduvo, primero por Canadá y en seguida por Ohio, los Grandes Lagos, Nueva York, Pensilvania, un francés, Michel-Guillaume-Jean de Crèvecoeur, quien se estableció como granjero norteamericano hasta que la revolución de independencia lo forzó a retornar a Europa. Escritor bilingüe, publicó obras aún hoy imprescindibles acerca de América. Pronto de regreso en este continente, fue cónsul de Francia en las recién independizadas colonias norteamericanas. Le importaba la historia natural tanto como a Perse. A Perse, por su parte, siempre le interesaron los colonos franceses en América<sup>6</sup> —él descendía de ellos, en las Antillas.

Pues bien, aquel francés norteamericano es conocido especialmente por su seudónimo: J. Hector Saint-John, ni más ni menos. ¿Por qué escogió, a su vez, tal nombre? Es demasiado preguntar por hoy. Sea como sea, una población de Vermont fue bautizada "Saint Johnsbury" en honor de Crèvecoeur, ya en 1786.<sup>10</sup>

En 1922 se descubrieron, en un desván francés, textos desconocidos de Saint-John. Es de suponerse que esto —para nosotros un dato remoto— fuese, en su momento, una noticia palpitante entre personas de ciertos intereses —como nuestro amigo Perse, o sea Saint-Leger, quien al año siguiente, 1923, habría de elegir con urgencia un seudónimo. Sólo en un lugar he hallado citada, de refilón e inexactamente, la posibilidad de que el seudónimo del escritor dieciochesco influyera sobre el de Saint-Leger.

Una de las leyendas —o como las llamemos— más difundidas acerca de la poesía de Saint-John Perse es que carece

de fuentes. Hay que reconocer que, luego de examinar los datos disponibles al respecto, da la impresión de que habría que compartir este juicio. Sin embargo, es un hecho que, con un poco de calma, algo va apareciendo. Poco, pero algo. Perse es, en efecto, la antitesis de los poetas —Eliot o Pound, p. ej.— que acumulan citas y más citas. No hay ni que decir que ni el uno ni los otros tienen más ni menos “razón”.

Hay, pues, ciertas fuentes de la poesía persiana, y el demostrarlo será un propósito principal de la presente plática, aunque con flexibilidad —así lo espero, al menos— y restringiéndome en gran medida a la primera parte de la obra poética de Perse, sobre todo *Anábasis*, que para mí, como para tantos, representa la suprema cima alcanzada por su autor.

Las publicaciones que estudian la obra de Saint-John Perse son innumerables. Sólo conozco, desde luego, unas cuantas de ellas. Importantes y todo, sólo representan una fracción del conjunto. Diciendo esto, quiero declarar que nunca pretendo en lo más mínimo defender mi prioridad en los pequeños descubrimientos que expondré. Estoy perfectamente dispuesto a aceptar —más adelante mencionaré un caso específico— que parte de lo que exponga, o a lo mejor todo, haya sido ya señalado, en especial durante los últimos años, que es cuando mi información decae.

Repasemos algo de lo que se ha dicho sobre las fuentes de Perse, empezando por las palabras de uno de sus primeros traductores al español:<sup>11</sup>

Es difícil, si no imposible, descubrir las fuentes próximas o remotas de la poesía pérsica.

Hay autores todavía más rotundos cuando abordan este tema:

La influencia que se quiera a toda costa descubrirle, la habrá digerido tanto, que no es posible hallarle fuentes.<sup>12</sup>

Cierto, uno que otro estudioso se resiste a aceptar lo que Maurice Sallet<sup>13</sup> denomina con gracia “la obra-aerolito”. Lo que más adelante propone este crítico como fuentes persianas no me parece nada convincente —lo cual es, por supuesto, muy otro cantar—, pero nadie le quita la razón al aceptar que existan poetas abundantes en fuentes y otros, como Saint-John Perse sin duda, donde éstas escasean, aunque *sin faltar del todo*. No hay autores caídos, íntegros, del cielo.

En lo que todos los peritos en Saint-John Perse están de acuerdo es en que el “tono persiano” —que indiscutiblemente existe— tiene ciertas analogías —pero analogías nada más— con los tonos de algunas grandes obras fundamentales y rancias. Dos de ellas parecen inevitables: el Libro de los Muertos egipcio y el Antiguo Testamento. De ahí en adelante, las listas de “tonos afines” discrepan siempre —Pindaro, dice el uno; Tácito, afirma el otro—, y con frecuencia se pierden, como arroyos en el desierto, en vaguedades imposibles de verificar, por muy cultas que parezcan sonar: “anales chinos”, “viejas crónicas babilónicas”...

Inútil discutir esto. En el terreno siempre resbaladizo y subjetivo de las influencias literarias, las cuestiones de “tono” son especialmente arduas. En el presente caso son —digámoslo de una vez—, más que otra cosa refugios discretos, a falta de datos precisos que discutir. Aceptemos las listas

—siquiera las que remitan, ya que no a pasajes definidos, cuando menos a libros definidos. Más vale que sobre, y aun así no se gasta mucho espacio: en dos líneas está dicho lo posible y hasta algo de lo superfluo.

El propio poeta<sup>14</sup> ha dado tres nombres —Tácito, Persio, Racine— que nos interesan pero nos sirven de poco. No por fuerza coinciden —pudiera ser hasta al contrario— las obras que uno más admiró o frecuentó, con las citas que le nacen a uno bajo la pluma. Es curioso, en cualquier caso, que Tácito, escueto historiador que lleva en su nombre el callar, sirviera de fuente al poeta de las enumeraciones más desbordadas y prolijas del mundo. Pero, en fin, seguramente las cosas no son tan sencillas. Tácito es un autor que conozco mal —y en el original, menos—, etcétera, etcétera. Consérvase, desde luego, a Tácito en la nómina de las influencias sobre el famoso tono persiano. Y lo mismo con el resto de la breve lista, en lo que tenga de definido.<sup>15</sup>

Si de tono vamos a hablar, mejor insistir en un caso, aunque conocido, rara vez ponderado.<sup>16</sup> Se trata de una interesante influencia sobre Saint-John Perse, reconocida pero menos mencionada de lo que debiera: la de Victor Segalen.<sup>17</sup> Nacido diez años antes que Perse, en Bretaña, médico naval y, ante todo, escritor sobresaliente, Segalen conoció bien Polinesia, antes de residir en China. Sus estudios de orientalismo no fueron nada desdeñables, muchísimo más sólidos que los de Perse. Segalen fue amigo de Debussy, con quien en dos ocasiones estuvo a punto de colaborar.

El desdén de Segalen hacia el mar abre entre él y Perse una brecha irremediable, sin duda, pero como, casualmente, los presentes comentarios se concentran en sentimientos de tierra adentro, es interesante apreciar premoniciones persianas en la que acaso sea la obra principal de Segalen: *Estelas*, fruto de sus viajes y su vida en China, pocos años antes de la llegada de Saint-John Perse por allá. Ahora bien, se trata, como es frecuente, de analogías de tono entre Perse y las hermosas estelas de su antecesor. Es interesante mencionar, de paso, que hubo quien creyó que los textos de Segalen eran simples adaptaciones de auténticos textos chinos antiguos.<sup>18</sup> Es claro que Perse, aun para ser influido, no se contentaba con cualquier cosa.

*Estelas* fue publicado inicialmente en Pekín, 1912; “los primeros ochenta y un ejemplares en papel imperial de Corea”. La obra se reimprimió en la misma ciudad dos años más tarde.<sup>19</sup> Perse no había arribado todavía a Pekín, pero que al llegar conoció el libro de Segalen es casi seguro, aun cuando se haya dicho, sin pruebas, que nada supo, ni de *Estelas* ni de su autor. Veamos una estela de Victor Segalen, “Elogio y poder de la ausencia”:

No pretendo estar ahí, ni surgir de improviso, ni aparecer en ropas y carne, ni gobernar por el peso visible de mi persona, ni responder a los censores con mi voz, a los rebeldes con ojo implacable, a los ministros falibles con un gesto que suspendería de mis uñas las cabezas.

Reino por el pasmoso poder de la ausencia. Mis doscientos setenta palacios empalmados por galerías opacas llenas tan sólo de mis huellas alternas.

Y suenan músicas en honor de mi sombra, saludan funcionarios mi asiento vacío, mis mujeres aprecian mejor el honor de las noches en que no me digno.

Igual a los Genios, imposibles de recusar, ya que invisibles, ni arma ni veneno podrán llegar adonde alcanzarme.

Sin duda posible, el tono de *Anábasis*, de *Amistad del príncipe*, está muy cerca. Pero hasta ahí nada más. Muy difícil sería hallar reflejos concretos de Segalen en Perse. Yo, en todo caso, no lo he logrado. Si he traído a cuento la anterior estela es porque su título —“Elogio y poder de la ausencia”— y su frase: “reino por el pasmoso poder de la ausencia”, quizá recuerden *Anábasis* (VI): “Es asunto vuestro y no mío el reinar sobre la ausencia...” No es mucho, en verdad.

\*\*\*

Desde la infancia, Saint-John Perse sabía el idioma español. En la correspondencia incluida en sus obras completas hay una o dos cartas que corroboran esto.<sup>20</sup> Es indudable que un lector omnívoro como Perse, y con sus predilecciones, debió de ocuparse de la conquista de México. Ahora bien, en la amplia obra poética persiana, donde aparecen, como es sabido, “todas las cosas y otras muchas más”, si bien México —precortesiano o cortesiano— asoma, es sólo rarísima vez. Está, en un momento de *Lluvias*, la Malinche, inesperadamente “pintada”, y en un poema juvenil, de *Elogios*, figura Moctezuma ante discutibles dioses de cobre. Mucho más tarde, en *Crónica*, el poeta ya septuagenario cita un “tambor de piedra del azteca”. Que Perse estuviera familiarizado con los cronistas de Indias, incluso en su lengua original, es una suposición plausible aunque indemostrada.

Es preciso hacer constar esto, pues en una obra informativa y valiosa, Paulette Patout, impulsada por el entusiasmo, ha contribuido desgraciadamente a enturbiar un tema de especial interés para nosotros: el de las relaciones literarias entre Saint-John Perse y Alfonso Reyes.<sup>21</sup>

Aprendemos que Reyes conoció en persona a Perse en 1923.<sup>22</sup> Afirma Patout que Reyes ya había leído la poesía juvenil de Perse, la cual acaso influyera sobre *Visión de Anáhuac*.<sup>23</sup> Posible, pero, una vez más, superfluo. En cualquier caso, parecería que el escritor mexicano no individualizara de inmediato a su nuevo amigo francés, pues en una carta a Juan Ramón Jiménez,<sup>24</sup> de septiembre del 23, confunde el nombre de Alexis Leger con el del pintor Fernand Léger. En esa carta, dicho sea de paso, Reyes le pide a Jiménez que envíe sus libros a Perse, quien conoce el español, etc. Ignoro si Perse leyó al fin a Jiménez, pero éste sí leyó a Perse, con el resultado que puede leerse en la revista *El hijo pródigo*, donde Juan Ramón Jiménez escribe:<sup>25</sup>

Léger, hoy tan en boga secreta, me parece un claudelista valorizado, de una estética insoportable y falsa.

En 1924 aparece *Anábasis*, en enero casi completa y, algo después, íntegra. *Visión de Anáhuac*, de Reyes, se había publicado el año anterior, en España, luego de haberse impreso, en 1917, en una recóndita revista de San José de Costa Rica.<sup>26</sup> Reyes bien pudo regalarle a su nuevo amigo un ejemplar de la flamante edición madrileña. ¿Influiría sobre la obra maestra de Perse? Pudo, estrictamente hablando; Alfonso Reyes lo sabía, y le causaba explicable y mesurado gusto.<sup>27</sup> Juan José Domenchina<sup>28</sup> tuvo la buena ocurrencia de

confrontar la versión francesa de *Visión de Anáhuac* con *Anábasis*, y Patout acoge con entusiasmo la posibilidad de influencia. Por desdicha, con ello tenemos que abandonar las referencias concretas y que recaer en consideraciones acerca del famoso “tono general” del poema. Aun así, es imposible persuadirse. Que en el poema mexicano y en el francés haya listas exóticas, es un hecho que no basta para olvidar que las enumeraciones de Reyes son escrupulosamente fieles a los cronistas del XVI, en tanto que las de Perse constituyen un componente esencialísimo y peculiarísimo de su poética y mezclan —ha sido comentado mil veces— datos procedentes de insondables lecturas y observaciones de viajero, con caprichos deslumbrantes y desconcertantes —y eso desde *Anábasis* hasta los poemas persianos del exilio, en un arco estilístico riguroso, imposible de ser reducido a una posible influencia más o menos borrosa. Esto, por no hablar del vigor nuevo de las imágenes persianas, junto al cual el fino ejercicio de *Visión de Anáhuac* exhibe demasiado a las claras su retórica. Escuchemos *Visión*:

La mazorca de Ceres y el plátano paradisiaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puercito espin— [...] los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugadas en una superposición necesaria, grata a los ojos...

Deberá reconocerse que este tono sólo está presente en concentraciones homeopáticas en los catálogos persianos, desde el célebre de *Anábasis*, donde figuran el que sueña con un pimiento y el que desciende del caballo para recoger ágatas, hasta, por ejemplo, la enumeración de *Exilio*, que nos da a conocer incluso a quien es consultado para el tratamiento de un árbol muy viejo. Es poco creíble que sobre semejante potencial imaginativo influyera gran cosa una educada lista de datos y símiles escrupulosos. Que influyera, además, en apenas unas semanas, sobre un poema —lo veremos— largamente trabajado.

Pues es esencial tener en cuenta que *Anábasis*, si bien pudo recibir retoques hasta 1923, nació seguramente en 1917, cuando menos en sus líneas generales —de las cuales la más general y fundamental es, ni más ni menos, la del tono. Concluye Patout: “la influencia de *Visión sobre Anábasis* parece, pues, bastante probable”.<sup>29</sup> Más valiera conformarse con decir que tal influencia es casi imposible. Y, por lo demás, cuando Patout procede a buscar rastros de *Visión de Anáhuac* en *Amistad del príncipe*, de Saint-John Perse, y hasta a perseguir nexos entre este poema y la *Ifigenia* de Reyes<sup>30</sup>, se torna absolutamente inútil seguirlo. Pronto veremos que las “crónicas en piel de cabra”, que Patout invoca, nada tienen que ver con las crónicas españolas de la conquista de México.

En 1924, Alfonso Reyes vuelve a la patria. Es, no se olvide, el año de aparición de *Anábasis*, ya en enero. Reyes, a mediados de año,<sup>31</sup> escribe algunos buenos poemas inspirados en su viaje por mar: “Golfo de México”, “Caravana”. En ellos leemos, por ejemplo: “las esponjas de algas... manchas de bilis verde que se torna violeta”, que evoca automáticamente *Anábasis*, VII: “de la esponja verde de un solo árbol, el cielo saca su jugo violeta”. O bien, Reyes: “el trueno de las flautas mexicanas”; Perse: “trueno y flautas”. O bien, Reyes: “Hoy tuvimos noticias del poeta”; Perse: “Pero de mi hermano el

poeta ha habido noticias". Reyes: "colgados los brazos de las últimas estrellas, detuvo su caballo"; Perse: "detenido mi caballo... apoyada la barbilla en la última estrella". Y así otros encuentros. La lista casi completa la trae Paulette Patout en una nota de su libro.<sup>32</sup> La investigadora francesa supone que estas reminiscencias de *Anábasis* son guiños de simpatía que Reyes le hace a su amigo. Quizá. Lástima que ignoremos qué le pareció al amigo, y aun si se enteró del homenaje. Sin salir del tema, me permitiré una reminiscencia personal.

Un día, en el Fondo de Cultura Económica, hace más de un cuarto de siglo, le pregunté a Ernesto Mejía Sánchez, quien preparaba los tomos de las obras completas de Reyes, si estaba enterado de alguna repercusión de la poesía de Perse sobre la de Alfonso Reyes. Mejía me respondió que no, que sobre la amistad entre ambos poetas casi no había datos. Y evocamos los famosos versos de Reyes:<sup>33</sup>

Por eso Saint-Léger Léger me decía en París:  
"Hoy vale usted más que la última vez que lo vi.  
Entonces estaba usted como el cirio recién comprado,  
y hoy me lo encuentro lloroso de cera y flameado."

Entonces busqué, en el mismo volumen de Reyes, los poemas "Golfo de México" y "Caravana" y, con la ayuda de la *Anábasis* de bolsillo que en aquella época solía acompañarme, escribí la lista de paralelismos y se la di a Mejía Sánchez. Leyó despacio, en silencio. Leyó dos veces. Explicó entonces, entre dientes, que todo aquello era bien conocido y había sido estudiado a fondo en un artículo... o más bien en determinada monografía... o tal vez libro... —no recordaba con exactitud. Para mi sorpresa, en lugar de devolverme el papel o abandonarlo, lo dobló cuidadosamente en cuatro y se lo guardó en la cartera. Hoy por hoy, Paulette Patout ha hecho constar las curiosas y absolutamente inequívocas concordancias. Pese a su enorme información, sin embargo, desconoce aquel trabajo que Mejía Sánchez no localizaba bien. Patout afirma finalmente que<sup>34</sup>

Reyes coincide en tal grado con Perse, que la confrontación entre sus obras poéticas no es sino una larga serie de influencias recíprocas, un vaivén de recuerdos.

Lo cual, según se acaba de ver, es una exageración desmesurada.

\*\*\*

Si bien el libro egipcio de los muertos todo el mundo lo cita, es entretenido cómo ciertos críticos lo consideran una fuente indiscutible de Perse, otro experto pone en duda, porque sí, que el poeta conociese semejante obra, en tanto que un conocedor más, tercero, niega en redondo dicho conocimiento. Lo que nadie toma en cuenta es que el susodicho libro representa un laberinto de recensiones y versiones que más vale esquivar. Pero basta de tonos por un buen rato. Un comentarista supone la influencia, sobre Perse, de cierta curiosa carta en la cual un faraón de la sexta dinastía, informado de que su gente ha capturado a un pigmeo, da instrucciones perentorias para que el prisionero llegue con salud a su real presencia. Sólo que, una vez más, las concordancias detalladas

entre Saint-John Perse y el faraón son mínimas. Puestas así las cosas, mejor dirigiémos al célebre diálogo entre el egipcio y su alma, que parece repercutir en un par de lugares concretos del tercer canto de *Anábasis*.

Sin embargo, la alusión egipcia más recóndita de *Anábasis* es identificable con plena exactitud, si bien las fuentes literarias no son egipcias sino grecolatinas. Se lee en *Anábasis*, VI:

nuestros vasos donde el hielo podía cantar como Memnón...

Es el caso que una conocida estatua del faraón Amenhotep III fue considerada por los griegos como la vera efigie de Memnón. ¿Por qué? Porque la estatua, todas las mañanas, al recibir los primeros rayos del sol, emitía un sonido, sin duda a causa de un efecto de dilatación térmica. Ahora bien, nadie más interesado en saludar a la Aurora que Memnón, quien era hijo de ella. Por desgracia, en época romana, después de una reparación, el coloso dejó de cantar.<sup>35</sup>

Quienquiera haya prestado atención a los chasquidos, deslizamientos y hasta silbidos que produce el hielo al irse derritiendo en un vaso, apreciará como es debido el símil absolutamente prodigioso que establece Saint-John Perse.

En una carta de 1910, el futuro Saint-John Perse da por conocido *El príncipe Igor*, ópera de Borodin.<sup>36</sup> Nada de raro tendría que conociese también el poema medieval ruso que los formidables cónyuges Malkiel —María Rosa y Jacobo— llamaron en español "El cantar de la hueste de Igor".<sup>37</sup> Se trata de una obra tan extraordinaria como misteriosa, cuyo original ardió en el incendio de Moscú de 1812 y que algunos expertos, quizá hiper-críticos pero fundándose en datos inquietantes, consideran una falsificación ossiánica (y en todo caso genial),<sup>38</sup> que mereció ser traducida por Rilke, nada menos<sup>39</sup> —quien más tarde traduciría al propio Perse. Un rasgo de *Anábasis*, tal vez dos, podría reflejar la epopeya rusa: "renombrados guerreros... alimentados a punta de lanza" bien puede confrontarse con:

Los caballeros... alimentando a punta de lanza las catástrofes puras del buen tiempo

de *Anábasis*, VI. Pero, sobre sobre todo, la gesta de Igor habla tres veces de sacar agua del río Don con un yelmo (y, dos veces, de beberla en él), lo cual remite de inmediato al primer canto de *Anábasis*:

Quien no haya, alabando la sed, bebido el agua de las arenas en un casco,  
poco crédito le otorgo en el comercio del alma.<sup>40</sup>

En el Antiguo Testamento pueden señalarse unos cuantos lugares que seguramente han desteñido sobre la poesía persiana. Cuando en *Vientos*, I, 7, leemos:

Te he pesado, poeta, y te he hallado poco peso

es absolutamente seguro que se trata de un calco del más célebre pasaje de Daniel:

Has sido pesado en la balanza y hallado faltar de peso<sup>41</sup>

En *Anábasis*, III, hay una exclamación de lo más notable:

¡y este mundo es más bello  
que una piel de carnero pintada de rojo!

Por curioso que parezca, esta piel satisface los requisitos establecidos en el libro del Éxodo para el tabernáculo de Yavé:

pieles de carnero teñidas de rojo

haras también para el tabernáculo una cubierta de pieles de carnero teñidas de escarlata

cuantos tenían jacinto, púrpura... y pieles de carnero teñidas de rojo... las trajeron

la cubierta de pieles de carnero teñida de rojo<sup>42</sup>

Por mucho que Perse pretendiera, en carta a Eliot,<sup>43</sup> que no había alusiones bíblicas en *Anábasis*, deberá aceptarse que aquí no es asunto de "tono" sino de concordancia exacta. Reconozco, en cambio, que la roja piel de carnero planteada en *Anábasis* como parangón de belleza me sugiere algo mucho más discutible, pero bonito. Helo aquí.

Hay un ideograma chino<sup>44</sup> que significa precisamente "bello" y que se emplea, por ejemplo, para designar los Estados Unidos —que en chino, sabidamente, se llaman el "bello país". Dicho ideograma consta de dos ingredientes: un inequívoco hombre, debajo, coronado por el signo del carnero, pictográfico asimismo y con cuernos y todo. El análisis tradicional explica que aquí lo bello es simbolizado por un individuo que lleva en la cabeza un tocado de cuernos de carnero. Las formas arcaicas que reproduce Karlgren no permiten duda al respecto. Ahora, lo que también es posible es que el guapo del ideograma no lleve sólo un precioso par de cuernos sino, colgando por detrás, la piel de carnero entera (teñida o no). En todo caso, yo así aprecio la bella piel de *Anábasis* y hasta entreveo —si no recuerdo mal— cierta pintura prehistórica de un sujeto con piel a cuestras y creo que hasta cuernos. Es un brujo, nos explican. En fin, Saint-John Perse trae la bella y bíblica piel de carnero en la porción de *Anábasis* que los conocedores denominan "consulta con los augures" y donde ciertamente no faltan alusiones chamánicas y brujeriles. Pero estábamos en la Biblia.

Leemos en el libro de Ester (6:1), a propósito del rey Asuero:<sup>45</sup>

Aquella noche, no pudiendo el rey conciliar el sueño, hizo que le llevaran el libro de los anales, las crónicas

lo cual nos recuerda inevitablemente al príncipe persiano:

—Que me traigan —velo y no tengo sueño—, que me traigan el libro de las más viejas Crónicas...<sup>46</sup>

Pero es imposible amputar la sublime continuación:

Si no la historia, me gusta el olor de esos grandes Libros en piel de cabra (y no tengo nada de sueño).

En una entrevista,<sup>47</sup> Saint-John Perse precisaba algunos detalles inéditos de la historia de la reina de Saba, tal como es expuesta en la *Ferha nagast* o *Libro de los reyes*, manuscrito dinástico, en piel de cabra, de los emperadores de Abisinia, que un misionero le hizo conocer oralmente —a Perse— en una traducción de su cosecha.

Aquí tenemos una crónica en piel de cabra. Ahora bien, es posible asegurar que, antes de las traducciones imromptu de su amigo el misionero, nuestro poeta ya estaba, como todo mundo, enterado de la reina de Saba, sin ir más lejos, por el Antiguo Testamento. Nada de especialmente abisinio se entrevé en *Anábasis*, V, al llegar a:

...fruto de la mujer, ¡oh sabea!....

En cambio si hay en Saint-John Perse una fuente abisinia absolutamente inequívoca —que, por más señas, es la misma mencionada por él en la entrevista. Según todos los síntomas, fue en 1925, en la segunda edición de *Elogios*, donde Perse reprodujo el poema *Amistad del príncipe* bajo el nuevo encabezado: "La gloria de los reyes".<sup>48</sup> Sólo que este título nuevo, que se sigue usando, es traducción literal de *Kebr nagast* —o sea el mismísimo libro etiope que Perse, en la entrevista recién mencionada, intitula *Ferha nagast*, *Libro* —en vez de *Gloria— de los reyes*. En todas partes<sup>49</sup> es llamado "Gloria"; resulta una coquetería extrema de Perse asignarle el título (plenamente bíblico) de *Libro de los reyes*. Se diría que no le gustó que fuera a descubrirse sin esfuerzo la fuente de un título suyo.

Punto culminante de "La gloria de los reyes" persiana, el estupendo poema *Amistad del príncipe* nos muestra (II) a este soberano agarrando por las narices, por las ventanas de la nariz, "una invisible bestia estremeccida". Se reconocerá aquí el modo canónico en la iconografía mitraista,<sup>50</sup> como el Sol Invictus alza la cabeza del toro del sacrificio, mientras le apuña el flanco. Véase el relieve central de cualquiera de esos santuarios mitraicos que abundan en Europa, el Cercaño Oriente...

Ahora (IV) el visitante llega a la presencia del príncipe, quien desciende "un escalón, dos, quizá más" —atendiéndose con creces a lo que prescribe el clásico libro chino de los ritos.<sup>51</sup>

Que el joven diplomático Alexis Leger viaje a China sin conocer el libro de Marco Polo sería inconcebible. Las complicaciones filológicas de dicha obra no tienen, afortunadamente, que preocuparnos. En su largo viaje de retorno, el veneciano menciona determinada "comarca del Árbol Seco".<sup>52</sup> La cual reaparece literalmente en *Anábasis*, VIII:

Hasta el lugar llamado del Árbol Seco<sup>53</sup>

Sería interesante un concurso acerca del tema: poemas antiguos o modernos que se inicien con nacimiento de potros. Confieso que solo conozco dos, significativamente vinculados. El primero, *Anábasis*:

Nació un potro bajo las hojas de bronce.

El otro, un viejo poema mongol:

Una vez, hace mucho, le nacieron dos potros tordillos a la yegua del feliz soberano Gengis Kan...<sup>54</sup>

¿Pudo Saint-John Perse conocer este texto? Si. Solo que a estas alturas sería insufrible —aún más— ponerme a sopesar los pros y los contras de este específico caso.

Se advertirá que los anteriores párrafos vienen sacando a la luz una cadena de probables fuentes —segura más de una— de nuestro poeta. Son —y sólo pretenden ser— curiosidades. Lo más extraño acaso sea que la anterior lista de fuentes, influencias, repercusiones —o como prefiramos denominarlas— concierne a obras, una o dos en especial, de un gran poeta a quien los que mueven el oleaje del discutible mundo literario asignan una banderola que dice: “Saint-John Perse carece de fuentes; en su obra es apenas posible señalar cierto color afín al de indefinidas crónicas del confuso Oriente”.

En lo anterior —y lo poco que falta— se ha destruido el mito del escritor sin influencias. Nadie hará caso, claro está, pero demostrado queda.

Y como hay que acabar algún día, de aquí en adelante me limitaré a seguir un poco la pista a la génesis de *Anábasis*, según datos disponibles sobre la vida de su autor en China, su correría por Mongolia —y algo más.

\* \* \*

En 1916, Perse es enviado a China. El 28 de agosto está en Shanghai y, el 16 de noviembre, el segundo secretario Alexis Leger se establece en Pekín. Conoce entonces de primera mano las tierras amarillas —se llaman loes— y el viento polvoriento del canto VII de *Anábasis*: “¡Oh Viajero en el viento amarillo...!” Este viento no es una creación persiana: así se llama en realidad.<sup>55</sup> El poeta lo menciona repetidamente en sus cartas, entrecomillando siempre el nombre. Finalmente, escribe a su madre el 2 de febrero de 1918:

Todo el resto del año, la pureza absoluta del aire nunca es alterada, salvo por las tormentas de polvo, o más bien de loes del Asia central, que aquí se llaman “viento amarillo” —¡mi delicia!<sup>56</sup>

O sea:

No habitaremos por siempre estas tierras amarillas, delicia nuestra...

al comienzo de *Anábasis*, VII.

Las cartas que envía nuestro joven diplomático son muy interesantes. Incluso demasiado, según veremos en breve. Siempre que podía, se retiraba a un templo de las afueras, alquilado a unos bonzos<sup>57</sup> —hoy por hoy un lugar legendario de la poesía occidental, y con razón. Desde allí soñaba con Mongolia y evidentemente no tardó en sucumbir a la tentación de escribir.<sup>58</sup>

¿Qué escribiría? Repasando la correspondencia de entonces, es imposible dudar. El famoso “tono *Anábasis*” surge y crece en esas cartas conforme avanza el año 1917. La crisis se alcanza el 22 de septiembre, en una carta escrita en el “Templo de Tao-Yu” y dirigida al doctor Bussiére, agregado médico de la Legación de Francia en Pekín.<sup>59</sup> Por desgracia, habrá que abreviar:

Querido amigo:

Este mensaje, para usted solo, no es sino un llamamiento a la amistad.

Es preciso que me ayude, por unos días más, a defender aquí mi retiro contra todos y contra todas. Es usted el único que tiene mi dirección [...] Inútil mandarme el correo. [...]

Aquí la inmensa carencia nocturna o ese otro frenesí ensordecedor que es la insistencia extrema del vacío y de la ausencia, abiertos al soñar hasta el alba.[...]

De día, una gran comarca sin nombre, sin pueblo y sin ganado. A mis pies, por toda humanidad, un valle bajo de río enarenado, de donde sube solamente hacia mí el ruido de tambores de piedra: llamados al vadeador o diálogos de orilla a orilla entre invisibles comunidades rurales. Más allá, el apilamiento de las tierras altas, las primeras grandes aberturas al Oeste, hacia el país mongol y hacia el Turquestán, donde en algún sitio se inician las primeras pistas de caravanas. Luego, por último, la ausencia, lo irreal y el horizonte terrestre cerrado sólo por la mirada intemporal. Encima de todo ello, el tiempo fijo de la alta Asia y, por allá, el borrarse del viejo imperio nómada y de sus lindes de rutas sin acotar. [...]

Yo mismo me iré un día por ahí, lo sé [...].

O sea...

Me iré por ahí cuando quiera...

como en *Anábasis*, V.

Al mismo tiempo, menudean las “fuentes” en la correspondencia dirigida a Europa —sólo que se trata de experiencias y pensamientos del poeta en aquellas semanas, no de material literario.

De esta inmensidad de espacio que parece rodearme, sólo el mar, inmensamente comienza a faltarme.

*Anábasis*, X:

...mi pensamiento no se aparta del navegante.

Sigue la carta:

Y es una extraña sensación, que a veces me parece compartir con mi caballo, que, detenidos en algún lugar perdido de la llanura china...<sup>60</sup>

Como en la canción final de *Anábasis*: “Detenido mi caballo...”

Escribe Perse a un amigo francés, hijo de un mineralogista:<sup>61</sup>

ese silicato de alúmina identificado por el padre de usted entre las bellas micas del género muscovita

reflejando *Anábasis*, V y VII:

...lanzas nuevas  
perseguían en el desierto los silicatos del Estío  
¡Un lugar de piedras de mica!

Perse habla repetidamente de su pequeño caballo mongol. Allan. A principios de 1918, explica el poeta, el caballo "acude ahora a mí con ojos de niño" y "aceptaba las peores insolencias de un niño chino muy pequeño".<sup>62</sup> O sea, en *Anábasis*, V, VIII:

y el potro pringoso hunde el mentón barbudo en la mano del niño,  
que aún no sueña con saltarle un ojo...  
nuestros caballos puros con ojos de hermanos mayores

Todavía un año más tarde, Saint-John Perse, hablando en general de los caballos mongoles, menciona su "barba en el mentón" y sus "admirables ojos enternecedores".<sup>63</sup>

Si hiciera falta, éste sería el momento de recalcar que no estoy preconizando una lectura china o mongola de *Anábasis*. Sin duda resultaría mucho más convincente que la lectura alejandrina, por ejemplo, que hay quien se toma casi en serio. Creo tan sólo advertir, cosa muy natural, que en el poema inciden en especial hechos concretos que rodeaban al autor en el tiempo de escribirlo. Imposible olvidar, tampoco, que en *Anábasis* confluyen las historias seléucidas (VIII), el coloso silbante de Memnón (VI), el nombre árabe de la montaña (III)<sup>64</sup> y todo cuanto se quiera.

El título de su espléndida obra no debió hacer dudar mucho al poeta, quien ya en 1911 escribía a Paul Claudel:

Quisiera solamente que se me concediera guiar una "obra", como una *Anábasis* bajo el mando de sus jefes. (Y aun esa palabra me parece tan bella, que bien quisiera encontrar la obra que pudiese asumir tal título. Me acosa.)<sup>65</sup>

Y entonces, al empezar 1918, el "tono *Anábasis*", lo mismo que llegó, se desvanece. La obsesión de Mongolia persiste, pero se expresa con voz ordinaria:

en mis horas de soledad, hace mucho que esas grandes extensiones desérticas que reinan al Oeste y el Noroeste de China ejercen sobre mi pensamiento una fascinación próxima a la alucinación.<sup>66</sup>

Con rara unanimidad, los comentaristas sitúan la composición de *Anábasis* al retorno de la tan soñada gira de Saint-John Perse por Mongolia, en mayo de 1920 —breve viaje que los mitopoyetas han transformado en inmensos recorridos por el Tibet y toda el Asia central. Pues bien, con todas las inseguridades inherentes al caso, pero también con el aplomo que da la evidencia, puede afirmarse que *Anábasis*, en lo fundamental, estaba escrita al terminar el año de 1917.

Que el poeta, de ahí en adelante, puliese, retocase, ampliase su trabajo, es patente: basta con leer el poema para convencerse. La inspiración —que es un hecho, aunque nada sencillo— visitó largamente al segundo secretario de la legación francesa en Pekín, sobre todo en septiembre de 1917. Pero lo que sería publicado seis años después, sin duda no nació íntegro y cabal en unas semanas. Hubo largo tiempo para elaborar y perfeccionar. Estrictamente hablando, hasta fines de 1923 Saint-John Perse pudo retocar *Anábasis*, incluso refundir el poema entero bajo el influjo de *Visión de Anáhuac*. Lo que se dice poder hacerlo, pudo.

Cuando llega en la realidad el viaje a Mongolia, la voz de *Anábasis* ya está lejos. Basta con leer las cartas donde Perse describe los preparativos de la expedición, en compañía del consejero médico de la legación, a quien conocimos hace poco, y de un gran orientalista, Gustave Charles Toussaint, cuyo apellido traducía humorísticamente al griego —"Panagio"— su amigo Georges Dumézil, al evocarlos muy largas décadas después.<sup>67</sup>

Del viaje a Mongolia procede una anécdota célebre, narrada por Perse en una carta muy posterior, dirigida al director de la Biblioteca del Congreso, de Washington.<sup>68</sup> Es casi irresistible la tentación de reproducirla, pero ya no hay tiempo. Afortunadamente, es bien conocida. A un crítico le hace exclamar, adolorido:

He aquí lo que sería una de las más ásperas declaraciones anti-poéticas de nuestro tiempo, de no ser por venir de un poeta."

Después de volver de Mongolia, un día Saint-John Perse anuncia a Toussaint, por carta, su partida de China. Está hartó.

No me llevo de Asia nada sino aquel cráneo de caballo traído del desierto de Gobi.<sup>69</sup>

¿Sería este cráneo, añadido tardíamente, el que desde entonces cierra el canto III de *Anábasis*? Tal vez.

\* \* \*

Tan bien como iba todo, cuando he aquí que me entero, un día todavía reciente, de algo en verdad inesperado.<sup>70</sup> Vayamos por partes.

La venturosa longevidad de Saint-John Perse le permitió presidir, en persona, liturgias normalmente post mortem. Leemos en el resumen biobibliográfico de las obras completas publicadas por la Pléiade,<sup>71</sup> bajo el membrete de 1972, una descripción que parecería clarísima —en seguida veremos el porqué de este condicional molesto, "parecería"—: en 1972, Saint-John Perse en persona se ocupó de preparar sus obras completas en un volumen que comprende —leemos— la obra poética, las obras en prosa y —atención— una selección, "en un texto que el poeta deseaba incorporar a su obra haciéndolo definitivo, de cartas de juventud, de China y de exilio".

Repasemos: cartas que el autor deseaba incorporar a su obra haciéndolas definitivas. En este "haciéndolas" está el quid, como vamos a ver. Uno piensa, ni más ni menos, que el autor quiso sumar para siempre a su obra unas cartas suyas. Solo que lo hizo haciéndolas definitivas. En francés, igual que en español, esto contiene una ambigüedad interna en la cual nadie repararía, pero que acaso en esta ocasión sea algo premeditadísimo.

Al decir que el autor hizo que las cartas entraran en sus obras canónicas, se están planteando dos posibilidades: 1) hizo incorporar, sin más, dichas cartas, como tales; 2) las retocó al incluirlas —en efecto, ¿no se describe esto, el alterar, el retocar adecuadamente, como "hacer definitivo", "ornar definitivo"?

Reconoceremos sin dificultad que la formulación, lo que se dice las palabras en cuestión, no son inequívocas. Pero



con igual sinceridad declararemos que ir más allá de la lectura espontánea no es —no sería— sino una argucia de le-guleyo. Entonces ¿por qué meterse en tales lios? Ah, pues por causa de Monsieur Marie-René-Alexis Saint-Leger Leger. Ya que se ha averiguado que él alteró uno que otro texto de sus propias cartas al hacerlas definitivas —como dice— para las obras completas.

En 1975,<sup>73</sup> Pierre Guerre tiene la idea, en seguida realizada, de crear un centro que albergaría los manuscritos persianos, en Aix-en-Provence. Allí quedaron, entre otras cosas, las cartas desde China de nuestro autor.

Ignoro quién fue el que, tiempo después, tuvo la ocurrencia de confrontar las cartas publicadas en las obras completas de Perse —ya difunto por entonces— con los originales conservados en el centro de Aix-en-Provence. Ignoro quién fue, pero debió de divertirse.

En la edición publicada de la correspondencia, abundan líneas de puntos, y puntos entre corchetes que indican, con franqueza, supresiones, abreviaciones. Hay que resignarse. Pero del examen de las cartas originales resultó que, al incluir para siempre en sus obras las cartas enviadas desde China en 1917, Perse introdujo modificaciones en el sentido, se diría, de aparecer él, Perse, un poco —incluso un mucho— como un cuasiprofeta, como alguien que había olfateado, de veras, el porvenir. Escuchemos los comentarios siguientes. Se supone —se suponía— que los enviaba al ministro francés del Exterior el joven secretario de Pekín, llegado a China poco antes. Citemos:<sup>74</sup>

Recién llegado a este país, tengo delante el espectáculo de una China en plena evolución social y, por lenta y laboriosa, por confusa y convulsiva que sea esta mutación, no por ello está menos inscrita, ineluctablemente, en el determinismo histórico de un evolucionismo hegeliano mucho más general. [...] El pensamiento de Karl Marx y de Engels ejerce ya su atracción secreta sobre toda la juventud intelectual china.

Y así sucesivamente, hasta prever

un colectivismo próximo al comunismo leninista más ortodoxo

y hasta alcanzar esta famosa herejía:

Estoy persuadido, en contra de la opinión acreditada, y sin la menor paradoja, de que será el campesinado quien suministrará un día a China el elemento de las grandes revoluciones.

Quienes tengan a su alcance los papeles originales podrán analizar como es debido este caso. Por mi parte, sólo sonrío y —si se me permite— quisiera atrapar por la cola un término que la tiene larga. Escribe Perse —falsea, más bien dicho:<sup>75</sup>

la orientación masiva del total asiático en un sentido o en otro de la geopolítica futura.

¿Conque geopolítica? Pues bien, la palabra parece prematura, ya que estamos apenas a 3 de enero de 1917. Afortunadamente,

existen lexicógrafos que se toman la molestia, entre otras cosas, de sorprender el surgimiento de nuevas palabras —“geopolítica”, por ejemplo. En este campo ningún dato es intocable, claro está, siempre es posible descubrir un testimonio más antiguo, pero el hecho es que el diccionario Robert<sup>76</sup> conoce la palabra “geopolítica”, en francés, sólo a partir de 1924. Por supuesto, los lexicógrafos no dispondrían de la carta de un joven diplomático, siete años anterior —siete, nada menos—, pero es evidente que en esa carta, tal como hoy la leemos, hay gato encerrado.

En efecto, sin darse cuenta, al usar la palabra “geopolítica” supuestamente en 1917, Saint-John Perse enseña el cobre —pero en 1972. Dicha palabra procede, cosa curiosa, de Escandinavia: un sociólogo sueco la creó hace un siglo en compañía de otros varios vocablos que nacieron muertos:<sup>77</sup> demopolítica, etnopolítica, cratopolítica... Poco antes de la primera guerra mundial, el terminajo comenzó a ser empleado en Alemania, donde acabaría por integrarse al vocabulario básico del nazismo. A las demás lenguas europeas, la palabra “geopolítica” llegó más tarde. Al francés en 1924, o a lo sumo un poco antes, como veíamos. Al inglés, mucho después: el gran diccionario de Oxford no la incluye en 1932, ni siquiera en el suplemento.

Todavía ignoro, por desgracia, si han sido divulgadas en cabal detalle las alteraciones introducidas por Saint-John Perse, viejo, en sus cartas de joven diplomático, creando un texto tan definitivo como falsificado. Confiemos en que, por ejemplo, la hermosa carta en “tono *Anábasis*” que admirábamos hace un rato no haya sido modificada cincuenta años más tarde.

¿Por qué habría de serlo? En la “carta geopolítica”, los retoques intencionados tuvieron sin duda por objeto dar la impresión de una clarividencia extraordinaria. En otros lugares, la alteración, si es que la hubo, sería aún más inconcebible en un personaje tan solemne, tan alarmantemente solemne, como nuestro gran poeta. Todo es posible, sin embargo. Escuchemos la siguiente confesión, hecha por Perse en una entrevista:<sup>78</sup> La acorto un poco:

La primera vez que usé el lenguaje de los banderines, navegaba por el mar en un velero pequeño. Llega un gran barco todo blanco. Yo izo el banderín que significa que va a ser transmitido un mensaje. El gran barco se detiene... Mientras, yo no sabía qué inventar como mensaje. Hojeo el código y tropiezo con un banderín que significa: “¿No necesitan ustedes nada?... El barco partió, furioso. Era un barco inglés y el comandante debió identificar mi embarcación, pues algunas semanas más tarde, en el Ministerio de asuntos extranjeros, uno de mis colaboradores me trajo la revista oficial de la marina mercante, que se iniciaba con un editorial indignado: “No es posible sino asombrarse de que un alto funcionario francés haya podido permitirse en el mar una broma tan desagradable”...

Esta anécdota, absolutamente deliciosa, ha sido muy poco divulgada. Es, pues, una perfecta, “curiosidad persiana”, apropiada para concluir. Lo mejor del caso es que nos coloca frente a un hombre abierto a la travesura. Este inesperado incidente náutico será, pues, un buen modo de cerrar nuestra plática.

## NOTAS

- <sup>1</sup> G. Highet, *La tradición clásica*, México, FCE, 1954, vol. II, pp. 301-302.
- <sup>2</sup> R. Caillois, *Poética de Saint-John Perse*, Buenos Aires, Sur, 1964, pp. 9-10.
- <sup>3</sup> L.P. Fargue, *Poésies*, París, Gallimard, 1963.
- <sup>4</sup> G.D., *Adrede*, México, Mortiz, 1970, p. 64.
- <sup>5</sup> Fargue, p. 121; *Anábasis*, IV.
- <sup>6</sup> Fargue, p. 126.
- <sup>7</sup> Entrevista con Pierre Mazars, "Une journée à la villa 'Les Vigneaux'", *Le Figaro Littéraire*, 5 novembre 1960.
- <sup>8</sup> Alain Bosquet, *Saint-John Perse*, Seghers, París, 1961, p. 121.
- <sup>9</sup> Entre otros ejemplos: "estancia en Carolina del Sur y Georgia, donde visita SJP antiguas plantaciones y descubre los rastros de emigrados franceses de su familia en el siglo XVIII", Saint-John Perse, *Oeuvres complètes (-OC)* París, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), 1972, p. xxiv. El préstamo de este libro se lo debo a Julián Meza.
- <sup>10</sup> *Encyclopedia Americana*, s.v. Crèvecoeur.
- <sup>11</sup> Saint-John Perse, *Antología poética*, selección, traducción y prólogo de Jorge Zalamea, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960, p. 13.
- <sup>12</sup> Alain Bosquet, *cit.*, p. 103.
- <sup>13</sup> Maurice Salliet, *Saint-John Perse, poète de gloire*, París, Mercure de France, 1952, p. 9.
- <sup>14</sup> *Ibid.*, p. 109n.
- <sup>15</sup> Hablando con Octavio Paz, Perse reconoció que al escribir *Anábasis* había tenido presentes las memorias de Baber (o Babur —por ello no vamos a discutir), el conquistador de la India (*La cultura en México*, agosto 1967; cf. O. Paz, *Puertas al campo*, México, UNAM, 1966, p. 73). Saint-John Perse menciona por nombre a Baber, pero en *Exilio*, VI. Por desgracia, sólo conozco de referencias la obra de Baber (A. Bombaci, *Storia della letteratura turca*, Milán, Nuova Accademia, 1962, pp. 143-163) —y lo mismo me ocurre con otros libros pertinentes aquí, de los cuales la *Historia secreta de los mongoles* es un ejemplo doloroso.
- <sup>16</sup> En realidad, toda verdadera indagación sobre el "tono Anábasis" (una modalidad inconfundible del tono persa) deberá, hoy por hoy, partir del extraordinario poema de juventud intitolado *Cohorte* e inédito al parecer hasta las *Obras completas* de 1972 (pp. 682-9). Aquí es imposible abordar tema tan vasto.
- <sup>17</sup> Jean-Louis Bédouin, *Victor Segalen*, Seghers, París, 1963; A. Bosquet, *cit.*, pp. 109-110.
- <sup>18</sup> Bédouin, p. 70.
- <sup>19</sup> *Id.*, pp. 72, 208.
- <sup>20</sup> OC, p. 796.
- <sup>21</sup> Paulette Patout, *Alfonso Reyes et la France*, París, Klincksieck 1978; tengo entendido que ya hay traducción española. El ejemplar que utilizo me lo ha prestado Ulalume González de León.
- <sup>22</sup> Patout, p. 196.
- <sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 123, 196.
- <sup>24</sup> *Ibid.*, p. 196, n. 47. Es pasmoso que Reyes, según Patout, aclare entre paréntesis: "Fernand Léger (...o Saint-John Perse)". El seudónimo de Léger no nacería hasta el año siguiente.
- <sup>25</sup> "A Luis Cernuda", *El hijo pródigo*, vol. I, num. 6, p. 339.
- <sup>26</sup> Alfonso Reyes, *Obras completas*, XXIV, pp. 178, 181.
- <sup>27</sup> *Ibid.*, p. 185.
- <sup>28</sup> *Ibid.*; Patout, p. 280.
- <sup>29</sup> Patout, p. 282.
- <sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 281-282.
- <sup>31</sup> Reyes, *cit.*, p. 335; *Diario, 1911-1930*, Universidad de Guanajuato, 1969, p. 50.
- <sup>32</sup> Patout, pp. 237-238, n. 17. Dos de sus confrontaciones son inexistentes: "pero levantándose antes del día" apareado con "entre las libaciones de la honda madrugada": "acariciaban ya los jarros húmedos", frente a "cerca del cántaro, bajo la tienda". En cambio, habría que añadir Perse; "color de hombres"; Reyes: "hombres color de hombre". Y, en ambos: "comedores de insectos".
- <sup>33</sup> Reyes, *Obras*, X, p. 256.
- <sup>34</sup> Patout, p. 608.
- <sup>35</sup> P. ej. Pausanias, I, xliii, 3; G. y M.P. Racht, *Dictionnaire de la civilisation égyptienne*, París, Larousse, 1968, p. 158.
- <sup>36</sup> OC, p. 678.
- <sup>37</sup> Malkiel y Malkiel, *Sur* (Buenos Aires), 1949; N. Gudziy y P. Skosyrev, eds., *Slovo o polku Igoreve*, Moscú, Sovetskii Pisatel', 1938.
- <sup>38</sup> W.J. Entwistle y W.A. Morison, *Russian and the Slavonic Languages*, Londres, Faber, 1949, pp. 266-269.
- <sup>39</sup> *Das Igor-Lied, eine Heldendichtung*, Leipzig, Insel, 1960.
- <sup>40</sup> En un poema ruso posterior, la *Zadónshchina*, reaparecen lo de la lanza y lo del casco. Aunque las lecturas persianas son de pronóstico reservado, es mucho más natural suponer que Saint-John Perse conoció el poema de Igor.
- <sup>41</sup> Daniel, 5:27; utilizo la versión de Nacar-Colunga.
- <sup>42</sup> Éxodo, 25:5, 26:14, 35:23, 39:34; si preferimos la versión de la Biblia de Jerusalén, podremos añadir Éx. 35:7 y 36:19.
- <sup>43</sup> OC, p. 1145.
- <sup>44</sup> G.S.R., núm. 568.
- <sup>45</sup> Mencionado en *Elogios*, VII.
- <sup>46</sup> En el libro de Ester, dicho sea de paso, no le leen al principio las crónicas más viejas sino las más recientes: Ester, 6:1, 2:21-23.
- <sup>47</sup> Con Pierre Guerre, reproducción en OC, p. 1339.
- <sup>48</sup> J. Charpier, *op. cit.*, pp. 120, 264.
- <sup>49</sup> R. Schneider, "Littérature éthiopienne", en *Histoire des littératures*, París, Gallimard, vol. I, 1967, p. 786; J. Doresse, *Histoire de l'Éthiopie*, París PUF, p. 13; *Enciclopedia italiana*, XIV (1932), s.v. Etiopia (secc. "Letteratura").
- <sup>50</sup> M.J. Vermaeren, *Mithras, de geheimzinnige god*, Amsterdam, Elsevier, 1959, p. 53.
- <sup>51</sup> M. Granet, *La civilisation chinoise*, París, A. Michel, 1968, pp. 313-314 y n. 652.
- <sup>52</sup> Para el caso da lo mismo la clásica colección *cinquecentesca* de Ramusio (vol. II, "De i viaggi di messer Marco Polo..."), libro primo, f. 4B) o la simple edición de la Colección Austral (1958), p. 211.
- <sup>53</sup> No es éste el momento de bordar en torno al hecho de que, en francés, *lieu-dit* (pero con guión, o incluso en una sola palabra) es expresión hecha, que se aplica a los topónimos cuyo significado es evidente.
- <sup>54</sup> *Helden-, Höllenfahrts- und Schelmgeschichten der Mongolen*, intr., trad. y notas de W. Heissig, Manesse, Zürich, 1962, p. 27; cf. p. 11 y n. 1. Tampoco olvidamos el potro que nace en una enumeración de *Anábasis*, VI.
- <sup>55</sup> Legrand, *La Mongolie*, París, PUF, p. 13.
- <sup>56</sup> OC, 812, 887, 891; 852.
- <sup>57</sup> OC, 846.
- <sup>58</sup> A su madre, 2 de agosto de 1917 (OC, 846-847): "Te escribo desde el fondo de un pequeño templo budista, sobre una eminencia rocosa al noroeste de Pekín, donde he hallado por unos días refugio contra la fatiga y contra un temible verano. [...] a veces siento la tentación de tomar la pluma, contra todas mis viejas resoluciones."
- <sup>59</sup> OC, 821-822.
- <sup>60</sup> OC, 841; cf. 888, 894.

<sup>64</sup> A Jules Damour, 28 de noviembre de 1917 (OC, 828).

<sup>65</sup> OC, 853.

<sup>66</sup> OC, 869.

<sup>67</sup> Jabal.

<sup>68</sup> OC, 722.

<sup>69</sup> A su madre, 4 de mayo de 1920 (OC, 880–881).

<sup>70</sup> G. Dumézil, *Nostradamus. Sócrates*, México, FCE, 1989, p. 147. Según A. Bosquet, Toussaint si conoció en China a Victor Segalen.

<sup>71</sup> OC, 550.

<sup>72</sup> J. Charpier, *op. cit.*, p. 87.

<sup>73</sup> 29 de marzo de 1921; OC, 894.

<sup>74</sup> Fue Franc Ducros, de Montpellier, quien me informó que habían sido descubiertos retoques en la correspondencia de Perse.

<sup>75</sup> OC, p. xliii. La insidiosa descripción que procedo a analizar no fue por Perse sino por Pierre Guerre, cf. n. de la p. xlii.

<sup>76</sup> *Ibid.*

<sup>77</sup> OC, p. 810.

<sup>78</sup> OC, p. 811.

<sup>79</sup> Robert, *Dictionnaire*, s.v. "géopolitique".

<sup>80</sup> *Enciclopedia italiana*, appendice I, pp. 649–650.

<sup>81</sup> Pierre Mazars, entrevista *cit. supra.* (n. 7). ❀

